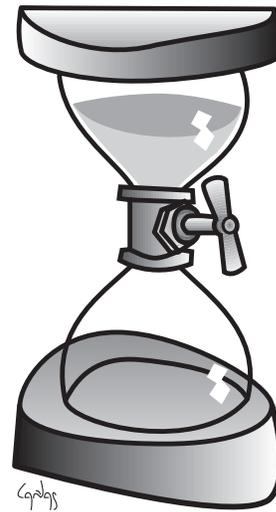


TRASVASE

EDUCERE



EL CÍRCULO DEL TIEMPO Y LOS MAESTROS

PATRICIO CALONJE

Universidad del Valle - Colombia

TRASVASE

Los baktiaritas y el maestro contemporáneo

Leyendo el relato de Jacob Bronowsky sobre los baktiaritas en su obra: *El Ascenso del Hombre*, he pensado en los maestros. La historia de este pueblo, que hoy en día es uno de los pocos grupos que todavía sobreviven como nómadas, es la historia de luchas, resistencias, pero también de aislamiento, soledad, un constante peregrinaje y un gran apego a la tradición. Es posible establecer una analogía entre este pueblo y los maestros. ¿Cuáles son las similitudes existentes entre la forma de vida de los baktiaritas y el ejercicio del oficio de maestro tal como emerge y se expresa en las últimas tres décadas?

Los baktiaritas viven en Irán, en el país de las mil y una noches, los maestros en Colombia. Los primeros configuran una etnia, un grupo social minoritario mientras que los segundos han sido definidos socialmente a partir de su oficio, la enseñanza y constituyen una fuerza social importante.

Establecer esta analogía permitirá delimitar con precisión la figura del maestro actual, comparándola con

la del baktiarita y a la vez esbozar los lineamientos generales para un programa de formación de maestros que posibilite profundas transformaciones en la enseñanza y la reflexión sobre su papel como fuerza intelectual y cultural.

Los baktiaritas viven en Irán en un territorio ubicado en los Montes Zagros, cadena montañosa cercana al Golfo Pérsico y situado al oeste de la ciudad de Ispahan. Su nomadismo es estacionario y se remonta a diez mil años atrás. Ese pueblo, venido al parecer de Siria, lleva años, yendo y viniendo de un sitio a otro, conduciendo sus hatos a pastar. Cada año, al agotarse los pastos de las colinas bajas, los baktiaritas ascienden por las laderas hasta praderas más altas con sus rebaños de ovejas, cabras y reses. Su translación está íntimamente ligada con las estaciones: los rebaños necesitan de los pastizales para poder subsistir y los baktiaritas dependen de estos hatos para sobrevivir.

La morada de este pueblo ha sido por años la cadena montañosa Zagros. Su vida ha sido y continúa siendo un deambular permanente a través de un espacio único y definido. Su territorio no es tan vasto ni tan inmenso como pudiera parecer y sus posibilidades de deambular libremente estuvieron durante mucho tiempo limitadas a causa de las restricciones impuestas por la dinastía de los Pavlavi. Pese a estas restricciones, los baktiaritas se desplazan periódicamente, dos veces al año, en busca de

pastizales para sus hatos, porque es la única forma de asegurar su supervivencia. Recorren grandes distancias: de 250 a 300 kilómetros en cada viaje. Son prisioneros de sus hatos porque sus desplazamientos siguen siempre un ritmo estacional fijado por la desaparición de pastizales en unos lugares y su irrupción en otros. Cambian las estaciones y con ellas se originan estos largos recorridos: los baktiaritas emigran llevando consigo sus pertenencias. De no hacerlo no sobrevivirían porque dependen de sus hatos, se alimentan de su carne y de su leche, se visten con sus pieles y su lana. Este vagar incesante, a través de seis cordilleras, ascendiendo a veces hasta los cuatro mil metros de altura, por parajes y cimas escarpadas, es el reto que deben enfrentar cada año si quieren sobrevivir.

El baktiarita, el maestro y el espacio

El hábitat del baktiarita lo constituye este espacio. Su morada son los valles, las altas praderas, donde los esperan pasos escarpados por donde deben conducir sus hatos, crecidos ríos como el Bazuft, que habrán de cruzar si quieren llegar a su destino.

Bronowsky nos cuenta que toda la vida de baktiarita, tanto la de los hombres como la de las mujeres, está centrada en los rebaños. Este pueblo se mueve en el espacio, pero su movimiento no es ilimitado. Siempre se produce un retorno al mismo punto: así estén en una parte o en otra siempre están en el mismo sitio pues su traslado no implica un rompimiento del ciclo o cambios que transformen su existencia. Sus desplazamientos son fundamentalmente repetitivos. Atraviesan las seis cordilleras de ida y de venida cada año, dos veces al año. No se sabe en qué medida cambiaron sus condiciones de vida desde la irrupción al poder en Irán del Ayatollah Komeiny, pero durante la monarquía de los Pavlavi sus migraciones debían regirse siguiendo itinerarios fijados por las autoridades. Pero con rutas preestablecidas o sin ellas, la situación es prácticamente la misma pues los baktiaritas escogen un camino y año tras año recorren el mismo sendero.

Así como el baktiarita tiene un espacio definido, un espacio límite, una rutina constante, la de la repetición, así también el maestro contemporáneo está constreñido a un espacio. La práctica pedagógica se realiza dentro de unas condiciones locativas precisas, existiendo una clasificación del espacio establecida en términos bastantes rígidos. Hay una limitación de los espacios en tanto los desplazamientos son controlados. Aun dentro de un mismo espacio físico que puede ser el salón de clase o el

patio de recreo, hay "sitios prohibidos". Se definen las posiciones de los sujetos dentro de los lugares, enseñándoles a ocupar el espacio de una manera acorde con el concepto de orden que se pretende legitimar. Las relaciones jerárquicas entre alumnos y maestros se refuerzan porque la regulación del espacio enfatiza estas relaciones al "guardarse las debidas distancias entre unos y otros" o al posibilitar que sea el maestro quien controle.

El maestro, al igual que el baktiarita, ocupa el espacio siguiendo el mismo itinerario. El Reglamento Escolar, las guías, la preparación recibida en las Escuelas Normales le indican cómo hacerlo. Año tras año, el maestro trabaja en la escuela, sale de vacaciones y su retorno no implica una transformación de su trabajo. Su movimiento no es productivo, es igualmente repetitivo. El maestro envejece repitiendo, transmitiendo los mismos conocimientos aprendidos en la Escuela Normal, trabajando con el cuaderno viejo y arrugado de la tía, de la abuela o de la mamá que fueron maestras. En el ejercicio de su oficio, tal como se realiza actualmente, el maestro está "metido" dentro de una vida cíclica, es prisionero del método que no le permite pensar, de los textos que le indican minuciosamente cómo hacer su trabajo. Hace énfasis en el uso del tablero, de la cartelera, del dictado, de la copia, del cuaderno de notas, pero no propicia la discusión de lo que enseña, se limita a informar pero no genera discusiones que permitan a los alumnos plantear interrogantes. El maestro aprendió a transmitir conocimientos pero no a argumentar, a plantear o a sugerir problemas, a establecer relaciones entre diferentes temáticas. Aprendió a reproducir un programa, pero no a comprender cómo se construye en una disciplina particular un concepto. Por esta razón sólo puede transmitir resultados: de ahí su imposibilidad para explicar los procesos de producción del conocimiento.

La preparación del maestro en las Escuelas Normales favorece la aplicación de lo aprendido, pues se trata de seguir unas guías. No hay la posibilidad de plantear alternativas distintas porque la misma forma como se relaciona al maestro con el saber se lo impide. Incluso se hace énfasis en el estudio de la didáctica y de las técnicas educativas porque se espera que el maestro dirija de "manera eficiente el proceso de enseñanza-aprendizaje mediante el manejo de técnicas y métodos".

El apego a la tradición

Tanto los baktiaritas como los maestros están apegados a la tradición. Cada uno, de forma distinta, está condenado a la repetición.

Bronowsky cuenta que los baktiaritas se consideran,

junto con otros nómadas, como una familia, los hijos de un sólo padre fundador. Su nombre lo adoptaron de un pastor legendario de la era mongólica llamado Baktiar. Sin embargo, añade, "todo en la vida nómada es inmemorial", o tan antiguo que no hay memoria de cuándo empezó... Este pueblo se aferra a la tradición en la medida en que cada hijo desea ser como su padre, repetir sus realizaciones. No hay interrogantes en relación con el pasado, con su historia, con lo que fueron. Sólo interesa el presente y la circunstancia. "Es una vida sin cambios. Cada noche es el final de un día como el de ayer y cada mañana será el inicio de una jornada como la del día anterior. Al amanecer, hay una pregunta en la mente de cada uno de ellos: ¿Podrá el ganado atravesar el próximo paso escarpado?" .

Los baktiaritas no han aceptado cambios fundamentales en sus formas de vida. Si han podido preservar sus tradiciones, sus costumbres, se debe en cierta manera a que ha viajado siempre solos. Las comunicaciones con otros pueblos o tribus se han dado en la medida en que han necesitado realizar trueques. El andar es más importante que el relacionarse porque de su translación depende su supervivencia. Como poseen una tecnología simple, necesitan de otros pueblos en la medida en que requieren los productos por ellos fabricados. Los Baktiaritas viven el momento y este ir y venir, aferrados a las circunstancias, con un apego exagerado a las costumbres antiguas, sin admitir innovaciones, los ha hecho mentalmente cíclicos.

En este vagar incesante no hay posibilidad de experimentar nada nuevo. El hijo quiere ser como su padre, vivir y trabajar como él: cada joven, al igual que su padre, laborará durante cierto tiempo para reunir un hato importante y efectuar las mismas migraciones arriesgando con ello la pérdida de algunos animales. Las probabilidades de éxito o de fracaso están contempladas pero sea como sea "al final de la jornada, no habrá más que una resignación inmensa y tradicional" Las probabilidades de la vida nómada son siempre las mismas, año tras año se repiten.

Así como baktiarita, el maestro ha estado sumido en la pasividad, sin contacto con otros intelectuales, sin el reconocimiento de su condición como tal y sin la posibilidad de relacionarse con los desarrollos más importantes del pensamiento contemporáneo, ya sea en el ámbito de la ciencia, de la cultura, de los valores éticos y morales, de la filosofía y de la historia. Su formación no lo ha puesto en contacto con los problemas propios de su cultura y de su entorno, impidiendo el rescate de los valores culturales autóctonos y la búsqueda de sus raíces .

El maestro de las tres últimas décadas en

Colombia, para no referirnos sino a este período histórico en particular, es un profesional marginado, cuya relación con la ciencia, la técnica y las diferentes disciplinas se ha dado por vías esquemáticas. Convertido en un repetidor y no en un pensador, es un experto en técnicas docentes gracias a la instrumentalización que se ha hecho de la Pedagogía. El individuo, formado en las Escuelas Normales, es un maestro sin posibilidades de cuestionar su práctica cotidiana, que opta por conformarse con la rutina, adoptando una posición facilista y aceptando lo establecido, lo que día a día le impone la institución. La formación recibida no ha generado ni la comprensión ni el estudio de su quehacer, de su vida, de su origen y de las distintas prácticas que realiza, ni tampoco ha permitido la recuperación de su experiencia y del sentido de sus realizaciones.



Sobre el maestro pesa una tradición de conformidad. Otros han hablado y decidido por él. La historia del maestro en Colombia es, en términos generales, la historia de imposiciones desde el Estado, de diversos sometimientos sociales y culturales. Desde su formación en las Escuelas Normales, no están dadas las condiciones para la resolución de interrogantes que el maestro pueda tener frente a su pasado. Las preguntas quedan sin respuestas... Su preparación no ha generado el conocimiento y la comprensión de la historia de su oficio, de lo que es, y de lo que ha sido su formación como sujeto de una práctica. Al maestro de la tecnología educativa no le ha sido dada la posibilidad de conocer y estudiar los orígenes de su oficio, la constitución de las instituciones formadoras de maestros, o la significación social de la escuela en distintos períodos históricos.

Las Escuelas Normales y las Facultades de Educación han propiciado una formación que por sus características somete al maestro, porque no le permite la apropiación del saber científico ni posibilita su adecuación a unas condiciones históricas concretas. El énfasis de lo técnico en la formación del maestro, pues se propone hacer de él un "administrador", "un ejecutor", ha permitido considerar a la Pedagogía como un saber puramente operativo, como una técnica, a la cual no se le reconoce su especificidad histórica y social. Tampoco se han dado condiciones para esclarecer la historia del saber pedagógico ni para desentrañar las especificidades de la práctica pedagógica, es decir cuál ha sido el estatuto de la pedagogía, cómo ha sido su ejercicio, cuáles son las características sociales de ella, cuáles los modelos pedagógicos utilizados por el maestro en la enseñanza y cuáles los modelos de maestro que se han ido configurando en los diferentes períodos históricos.

Diversidad de instituciones han contribuido a definir lo que es un maestro. Determinado en su oficio por lo que otros le han definido, el maestro también contribuye a definirse en cuanto tiende a repetir y no a innovar. El problema de la formación recibida en las Normales no radica exclusivamente en que al maestro lo hayan relacionado con ciertos saberes y no con otros, sino, además, en la forma en que le "han enseñado a enseñarnos". Se ha privilegiado la instrumentalización de los saberes, recalándose la neutralidad del discurso pedagógico. La preparación recibida no le permite plantearse preguntas frente a las formas, procedimientos y métodos privilegiados en la enseñanza de diferentes saberes".

La Tecnología Educativa ha condenado al maestro a ser "un técnico", "un aplicador", "un organizador del currículo" y esto supone una reducción de sus posibilidades, la imposibilidad de que sea pensado como

un intelectual, como un individuo capaz de relacionarse con la ciencia, con el arte, con la literatura, con todo tipo de disciplinas, capaz de producir y de llevar a cabo transformaciones importantes en su práctica. Las innovaciones no pueden tener cabida allí donde no ha sido cuestionada la existencia, el trabajo cotidianamente realizado.

Las normas han regulado y prescrito el oficio del maestro. La presencia de la normatividad en la vida y trabajo del maestro, sobre todo a partir de la introducción de la Tecnología Educativa, ha producido ciertas actitudes que llevan la marca de la sumisión. Se ha legalizado e institucionalizado una cierta forma de ejercer el oficio, rechazándose todo aquello que se aparta de la tradición.

El maestro al igual que el baktiarita ha estado solo. Esta forma de soledad no ha aceptado las innovaciones, no ha sido como plantea Octavio Paz, "la búsqueda del otro". Tampoco es ese sentimiento que posee un doble significado: por una parte tener conciencia de sí, por la otra es un deseo de salir de sí. Este aislamiento no ha permitido crear una necesidad de saber, de pensar, que lleve al maestro a destruir sus opiniones, a construir una mentalidad científica, a relacionarse con diferentes saberes y a generar sus propias respuestas y alternativas.

Bronowsky plantea que el baktiarita posee y utiliza una tecnología simple. No podría ser de otra manera en razón de las largas jornadas que realiza y de los problemas que tendría que enfrentar si tuviera muchos objetos que transportar. "La simplicidad no es romántica, es cuestión de supervivencia. Todo debe ser lo suficientemente ligero como para poder ser trasladado, armado cada noche y vuelto a empacar de nuevo cada mañana".

El maestro es poseedor de unos métodos y técnicas bastante elementales, que son en su origen y en su constitución complejas pero en relación con las cuales se ha operado una reducción en el proceso de apropiación. La diferencia con el baktiarita es que éste ha construido su tecnología en su soledad, en su aislamiento, a lo largo del tiempo. No necesitó de otros para hacerlo. La tecnología del maestro le es dada desde afuera. Otros piensan por él, otros diseñan y programan su trabajo, realizan lo que a él, de manera prioritaria, debiera competirle. El maestro ha pasado de ser un mediador, un aplicador. Sus técnicas y métodos son instrumentos que se agotan en el mismo proceso de aplicación. No se producen modificaciones que pudieran transformarlos, ni el trabajo está precedido de una búsqueda de alternativas de solución a los múltiples problemas que afectan su quehacer.

El maestro de la Tecnología Educativa realiza su trabajo en una situación de conformismo porque sus opciones de cambio están restringidas y coartadas. No

puede generar transformaciones paulatinas en la enseñanza, investigar su práctica o comprender su historia quien no ha tenido la posibilidad y condiciones adecuadas en su preparación y en su trabajo. ¿Cómo puede el maestro apropiarse de ciertos conocimientos, si se lo ha excluido sistemáticamente de ellos? ¿Cómo incorporar los resultados de la investigación a la educación, a la enseñanza, si no se ha investigado o si no se tiene la preparación tanto teórica como metodológica para hacerlo? En esta época en que la educación es concebida como un proceso de trabajo, cuyos resultados son considerados "unos productos", se busca a toda costa la racionalidad de la misma, la eficiencia y rendimiento del maestro. Sólo que conseguir esto tiene un costo muy alto, la automatización del proceso de enseñanza por medio de la aplicación del diseño instruccional y la formación de un maestro en la perspectiva de convertirse en un buen administrador, un experto en técnicas docentes, pero nunca en la posibilidad de llegar a ser ese intelectual que soñaba Foucault: "un destructor de evidencias y universalismos, el que señala e indica en las inercias y las sujeciones del presente los puntos débiles, las aperturas, las líneas de fuerza, el que se desplaza incesantemente y no sabe a ciencia cierta dónde estará ni qué pensará mañana, pues tiene toda su atención centrada en el presente..."

El baktiarita, el maestro y el tiempo

Los maestros viven el tiempo como los baktiaritas el espacio. Son igualmente cíclicos. Parece que no sintieran la necesidad de cambiar, transformar su práctica. Sin embargo, hay entre estos últimos, algunos que han renunciado a su condición de nómadas, escogiendo otra forma de vida. Entre los maestros, hay quienes también se han planeado esta opción, generando prácticas que en sus formas de expresión son diferentes a las formas de enseñanza tradicionales. Infortunadamente, este grupo es todavía hoy una minoría.

El apego a la tradición en el caso del maestro significa la aceptación de una rutina, de un tiempo normalizado. El maestro es también, a su manera, un nómada. Su nomadismo está en el Cronos. Trabaja veinticinco, treinta, treinta y cinco años y se jubila sin haber roto el círculo, la cadena de la repetición. El ciclo del maestro es temporal ya que depende de una cronología, de secuencias, de ritmos, de horarios, de un calendario. Para el maestro, el espacio no es tan importante como el tiempo. Lo que cuenta es la

circularidad en la que se encuentra inscrito. Su tiempo cronológico es secuencialmente lineal. Cada año escolar es igual al anterior y al siguiente. En este periodo hará lo mismo que en el precedente y así sucesivamente. Si al maestro lo trasladan, hará lo mismo aquí que allá. Su tiempo es el tiempo de las instituciones, de las guerras, de los movimientos sociales, de los hombres.

El modo de ejercer su oficio tiene como referente el tiempo y es lineal. Todo el trabajo del maestro en la escuela está regulado: las materias que conforman el programa escolar o currículo, la forma como se ha dispuesto su desarrollo, los pasos a seguir, las cadencias, los ritmos. El tiempo regula las relaciones entre maestros y alumnos, define de muchas formas la relación del maestro con el conocimiento, del alumno con los saberes y genera restricciones en la enseñanza, en el aprendizaje, en las formas de relación establecidas entre unos y otros.

Desde que el discurso de la eficiencia y el rendimiento fue introducido en la práctica pedagógica se habla de un tiempo útil. Hay un tiempo para aprender y otro para jugar pero ambos son irreconciliables. El aprendizaje lo define el tiempo. "Se debe aprender a leer y a escribir en seis meses, o en primero de primaria". "El programa ha de desarrollarse en tantas horas...". "El tema tal se trabajará en tanto tiempo". El contenido de una materia se dosifica y se realiza en un tiempo definido. Las actividades también están reguladas: la campana, el timbre, le recuerdan al maestro el cambio de clases, la suspensión de una actividad y el paso a otra.

El maestro, al igual que el baktiarita, es prisionero no solamente del espacio sino también del tiempo. El maestro no existe para ser algo diferente, para transformarse. No hay tiempo para innovar porque hay que cumplir un programa. El maestro "está lleno de conocimientos" y su tarea es transmitirlos. Como hay un tiempo para la formación del alumno, hay igualmente un momento en que "uno es apto para aprender". La escolaridad se inicia a tal edad, cada programa dentro de la formación se realiza en un tiempo determinado; los años escolares son de tantos meses, la primera dura cinco años y las materias se organizan de acuerdo con una progresión en el tiempo.

Para el baktiarita es también importante el tiempo, aunque menos que el espacio que, podría afirmarse, es determinante en su vida. Su tiempo está ligado a la circunstancia. Hoy hay que atravesar el paso Zadeku, mañana habrá que buscar nuevos pastizales porque durante la travesía los hatos consumen éstos en un sólo día, la semana entrante habrá que cruzar el río Bazuff, etc. ... Bronowsky relata que "la vida de los baktiaritas está muy circunscrita para poseer el tiempo o la habilidad de especializarse". No hay posibilidad de innovar porque falta tiempo...

Un nuevo tiempo para el maestro

En la historia del maestro contemporáneo no todo ha sido pasividad, conformismo. Con formas de expresión propias, con organizaciones sindicales, los maestros han luchado y se han debatido por la transformación de sus condiciones materiales de vida y de trabajo.

Igualmente entre los baktiaritas también se han producido luchas y resistencias, sólo que han estado encaminadas a la preservación de su condición de nómadas. Durante veinticinco años, entre 1920 y 1945, la dinastía de los Pavlavi, encarnada en la figura del Reza-Sha buscó la sedentarización del pueblo baktiarita, al considerarlo un factor de inestabilidad política y su modus vivendi como un elemento de desorden. El poder de Teherán, persiguió estas poblaciones e inició una política de aniquilamiento consistente en secuestros, contaminación de ríos, fuentes y abrevaderos y la masacre de los hatos. Los Baktiaritas supieron resistir hasta el momento en que el Reza-Sha abdicó, después de la Segunda Guerra Mundial, a favor de su hijo, el Sha de Irán. A partir de esta época, la campaña de sedentarización continuó realizándose en forma lenta aceptándose ciertos aspectos del modus vivendi del baktiarita .

Los baktiaritas, al igual que los maestros, han sabido resistir. Las condiciones son diferentes pero en ambos casos se expresa un deseo de lucha para reivindicar un derecho.

Los maestros, a partir del surgimiento y del impulso dado al Movimiento Pedagógico, han continuado la lucha, esta vez por reivindicaciones culturales, a partir de las cuales se pretende ganar el derecho de que sea el maestro quien construya una alternativa pedagógica y educativa diferente a la oficial.

Los baktiaritas, en su resistencia contra Reza-Sha mostraron su combatividad, su deseo de preservar sus tradiciones, particularmente la oral porque se sabe que tienen una abundante producción de cuentos populares, himnos, poesías y cantos de amor.

Un sector del magisterio ha comenzado a movilizarse, a plantearse preguntas. No se sabe si los baktiaritas han cambiado... sobre todo debido a las transformaciones que ha experimentado Irán a raíz del derrocamiento de la Monarquía de los Pavlavi y de la toma del poder por parte del Ayatollah Komeiny. No se sabe si el baktiarita continuará siendo siempre el mismo. Bronowsky plantea que el avance experimentado en su forma de vida en diez mil años se limita a un sólo aspecto:

“Los nómadas baktiaritas de entonces tenían que viajar a pie y llevar a cuestas sus pertenencias. Sus descendientes ya cuentan con animales de carga caballos, asnos, mulas- que son los únicos que han domesticado desde aquellos tiempos. No hay nada nuevo en sus vidas además de esto... ”

Los maestros en cambio tienen posibilidades de transformar su oficio. La forma de existencia del magisterio ha estado históricamente, y por lo menos en apariencia, ligada a un fin cultural: educar, formar un individuo, civilizar. La transformación del oficio del maestro es posible si se liga a un movimiento en el que participe, junto con otros intelectuales, de manera activa y reflexiva en la discusión de los problemas educativos y pedagógicos, con posibilidades de incidir en los procesos de cambio cultural, en trabajos que, desde las escuelas, generen el estudio de nuestras tradiciones pedagógicas y contribuyan al reconocimiento social y cultural de su trabajo, todo esto enmarcado en la perspectiva de construir una propuesta pedagógica alternativa que asegure su autonomía y establezca condiciones para su formación permanente.

Una formación diferente ha de considerar una perspectiva de relación con el conocimiento completamente nueva, para que el maestro pueda adquirir una valorización de su trabajo basada en el estudio de lo que es, del papel que puede jugar, y de la importancia social y cultural de su oficio. Plantear una formación en esta línea no es establecer una continuidad, es dar un salto, cambiar de terreno, escogiendo como opción, una vía de investigación permanente que genera preguntas diversas. La transformación del oficio del maestro será posible si se garantiza una formación centrada alrededor del estudio de las condiciones sociales, políticas, económicas del país, de la región, de la comarca, de lo que ha sido y es la enseñanza en Colombia, de cómo ha sido modificada y replanteada a raíz de la introducción de reformas o decretos institucionales, de cómo ha sido y es pensado el niño.

Esta formación ha de contribuir a crear un nuevo maestro, autónomo, con el control sobre su trabajo, capaz de implementar iniciativas tendientes a favorecer tanto su desarrollo intelectual y cultural como el de sus alumnos, como una clara comprensión de sus responsabilidades como intelectual y trabajador de la cultura. “Afrontar esta tarea significa que este nuevo tipo de intelectual, el maestro, no debe cerrarse en la investigación abstracta, en la solución de problemas en sí, separado de sus términos reales que son aquéllos en los que el pueblo siente y vive el problema. Debe afrontar el problema en sus términos efectivos y reales... para llegar a una formulación orgánica superior, en la que el

“sentir” del pueblo se transforme en “entender” y por lo tanto en “comprender”, al mismo tiempo que el intelectual no sólo sabe sino que también siente y se apasiona por el objeto del saber. Entonces, se convierte en su propulsor, mejor en su dirigente”. Tal como lo propone Gramsci, la verdadera función del maestro, asumido como un intelectual, es la dirección y la organización, constituirse en una guía, pues la tarea educadora plantea la adquisición, en los individuos, “de una concepción superior de vida”. Esta tarea es posible asumirla si al educador se lo relaciona con otros intelectuales, si llega a comprender y a valorar las experiencias sociales de sus alumnos, sus manifestaciones culturales, sus saberes, a aceptar la pluralidad en las formas y modos de vida, si está en contacto permanente con los debates y discusiones que en torno a los principales problemas sociales, educativos y culturales se han dado en el país, convirtiéndose en un conocedor de la problemática social y educativa. Un maestro, así formado, tendrá posibilidades de investigar una temática determinada, de contextualizarla y entenderla como un proceso dinámico, complejo, en el cual se expresan multiplicidad de relaciones.

Un programa de formación para docentes ha de propender por la comprensión y el estudio de los problemas educativos y pedagógicos, promoviendo su investigación. Igualmente ha de relacionar al maestro con las diferentes teorías contemporáneas, que aborden el estudio del proceso escolar, considerándolo como un proceso social e histórico, expresión de múltiples relaciones. Este trabajador de la cultura que es el maestro, será conocedor de las múltiples relaciones existentes entre

la escuela, la enseñanza, el Estado, la familia, el aprendizaje. Tendrá una relación diferente con los saberes y abordará su estudio desde una perspectiva histórica, de forma que sean revelados sus procesos de formación como disciplinas.

Una formación, así planteada, habrá de posibilitar el desarrollo de “un pensamiento nómada”. Aunque parezca contradictorio, en la vida de los baktiaritas ha habido conformismo y lucha, resignación y combatividad. Bronowsky habla de su conformismo: “Los baktiaritas son resignados porque su aventura no los conduce a ninguna parte. Los pastizales de verano son, en sí mismos, un lugar de paso, nada más: a diferencia de los hijos de Israel, para ellos no existe la tierra prometida”. Sin embargo, cada cierto tiempo, cuando las estaciones se lo indican, los baktiaritas emprenden una aventura, que necesariamente conlleva riesgos, plantea peligros y los enfrente en cierta forma a lo desconocido, arriesgando con esto sus vidas y las de los hatos de los cuales depende su sobrevivencia.

Al pensar en los baktiaritas he recordado las palabras de André Gide “este instinto nómada siempre en busca de aventura”. No, no toda la historia de este pueblo ha tenido como referente el conformismo.

El maestro, al igual que los baktiaritas, ha de emprender una aventura en la cual habrá de vencer muchos escollos, en la cual ha de recorrer un largo camino si desea transformar su quehacer y crear nuevas formas de trabajo en lo pedagógico. Como los baktiaritas, deberá atravesar ríos tormentosos, escalar cimas elevadas y resistir y combatir todo tipo de imposiciones y sometimientos (E)